

La historia del cañón desaparecido

Era de mañana, el sol resplandecía sobre las hojas de los árboles; su reflejo hacía visibles las gotas de rocío; llegaban los grupos de niños riéndose alegremente, el aire matinal pegaba sobre sus rostros, despeinando sus cabellos. Lupita, la maestra que venía con ellos anunció su llegada en la recepción del Museo del Caracol, ahí el policía llamó por el sonido: ¡Servicios educativos, se le solicita en la recepción! Me presenté en el lugar señalado; estaban esperándome los niños de cuarto año, les di la bienvenida e inicié mi recorrido por el museo, por extraño que parezca los niños estaban muy atentos, su maestra no perdía el control de estos pequeños, por ahí... de repente pasó una figura menuda, era por supuesto ¡Martita Robles!, quien venía a auxiliarme en esta tarea, y al darse cuenta de la atención que mostraban los niños, sólo me dijo adiós.

Explicué la primera sala, poco después la segunda, en este momento algunos niños se distinguían de otros por ser más parlanchines y fue allí donde me enteré que la maestra del grupo se llamaba, precisamente, Lupita. Me acerqué a ella y me comentó de su interés por la historia, ella por cierto ya había ingresa-

do a la normal superior y tenía a los niños muy motivados en el tema. Uno de ellos, el más preguntón se llamaba Joselito y en contraste, el más callado Casimiro, los dos muy inteligentes, eran los alumnos en los que se apoyaba la maestra para contestar las preguntas que yo hacía. Llegué pues a la sala tres, que recrea las hazañas independentistas de Morelos a Francisco Javier Mina, estaba muy entusiasmada en mi explicación, quizás elo-

cuenta; miraba fijamente a los niños, sus ojillos brillaban, pues se imaginaban estas grandes luchas de los héroes nacionales, cuando por fin arribé a la maqueta del niño artillero, subí la voz relatando la escena del sitio de Cuautla:

Observen esta maqueta, los niños siempre han estado presentes en los hechos de la historia, por ejemplo, ¿conocen ustedes a Narciso Mendoza? —Sí—, dijeron algunos, y la gran mayoría movía la cabeza negativamente; así que continúe con esta narración, mientras Lupita le soplabla información a algunos despistados.

Bueno, a Narciso Mendoza también se le llamaba el niño artillero. ¿Saben por qué se le llamaba, el niño artillero? Porque disparó un cañón —dijo Joselito—. Eso es cierto dije, así que les voy a contar acerca de este muchachito que ven aquí, era un niño como ustedes, tenía aproximadamente doce años, era travieso y juguetón. A este pequeño niño,

aunque no lo crean se le acercaron los soldados enemigos, al verse amenazado tomó una bala del piso y disparó el cañón pretendiendo rechazar al ejército realista. Los niños preguntaron: ¿Cuál cañón? Y yo inocentemente dije señalando la maqueta: ¡éste! Al instante de voltear al lugar donde se supone que estaba el cañón, no se veía ninguno; todos nos miramos sorprendidos. ¿Dónde está el cañón de Narciso Mendoza? Había desaparecido. Se oyó una exclamación y Lupita apenada preguntó: ¿Niños alguno de ustedes tomó el cañón? Los niños estaban desconcertados, algunos inclusive vaciaron sus bolsillos, yo por mi parte me fijé si había quedado una huella de tan

misterioso asalto, mientras a lo lejos se escuchaba tenuemente una pieza musical que decía... “Que no quede huella, que no, que no, que no quede huella...”

LAURA CERVERA AGUILAR Y LÓPEZ
Galería de Historia